

# Don Milani y la Iglesia. Unas relaciones difíciles

JOSÉ LUIS CORZO

## La cuestión de la compatibilidad

I. «Puesto que hoy día se dice que el mundo está dividido en opresores y oprimidos, quisiera —dijo el obispo seminarista—, que antes de ordenarte sacerdote me dijeras si a mí me consideras un opresor o un oprimido».

La pregunta que Girardi pone en boca de un Obispo surrancano, con ocasión de un escrutinio para las Ordenes Salesianas<sup>1</sup>, saca a la superficie de la anécdota un grueso problema de fondo: ¿es posible optar por los marginados y los pobres a una institución que tantos consideran capitalista y concertaria con el Poder?

II. «Y esos hombres ¿podrán decir toda la verdad, la que escuece? o ¿tienen alguien por encima de ellos las tijeras? Me encuentro ante ellos como un apartado de la Iglesia ante un cura: instintiva desconfianza frente a quien está sujeto a hombres. Yo he experimentado qué difícil es posible vivir en la Iglesia y ser párroco sin callar jamás nada de lo que se piensa... Pero ¿se puede ser jesuita sin decir mentiras o sin callar la verdad?»<sup>2</sup>.

De nuevo en la superficie de la anécdota, un gran problema exclusivo de los jesuitas, claro está. Este párroco dispuesto a «testimonio a su iglesia de semejante libertad» firmaba el testimonio precedente en su sede de Barbiana, una parroquia de montaña de 90 almas —«penal diocesano», como alguien lo ha llamado— y al que había sido confinado 5 años antes. Durante ellos

<sup>1</sup> GIRARDI, G., *Sacerdoti nella lotta di classe*, Studi Francescani 3-4 (1973) 313-320.

<sup>2</sup> MILANI, L., *Lettere di Don Lorenzo Milani Priore di Barbiana*, Mondadori 1970, 119 (citado en adelante con la sigla LPB).

el Santo Oficio había mandado retirar de las librerías su libro de Experiencias Pastorales «por inoportuno» y aún no se había agotado su indomable esperanza, de converso adulto, de encontrar en la Iglesia ese ámbito de verdad y libertad que escatimaba a la Compañía.

Pero le quedaban aún 8 años de vida para devanar nuestra segunda pregunta: ¿Es posible optar por la Verdad (sin la cicuta) en una institución también humana, jerárquica y autoritaria tantas veces, como es la Iglesia?

\* \* \*

La vida de don Milani es el drama de esas dos preguntas en busca de respuesta afirmativa; con la ventaja de que el protagonista estuvo dotado de una inmensa nobleza de ánimo y de una ardiente fe. En ningún momento del drama se rebajó el tono a la ramplonería o a la ruptura, al menos por su parte. Sino al contrario: la penetración de su inteligencia fue iluminando cada situación con categorías universales, desde las que hoy es posible hacer enseñanza para otras latitudes.

El «cura incómodo», como le apodó la prensa italiana varias veces, ha pasado de ser perseguido por el Santo Oficio a ser leído en los refectorios de las monjas. Creo que no es sólo un signo de maduración eclesial, sino de neutralización de su mensaje, de engullimiento.

Al comenzar a escribir sobre este tema no puedo asegurar que el drama no termine en tragedia. Hay que estudiarlo minuciosamente y lo más seguro es que quede para el lector la interpretación última.

## **La situación sociopolítica italiana**

El descubrimiento de los marginados es posible que tuviera en Don Milani varias etapas. En sus cartas a su madre, desde el seminario, se nota ya la preocupación social, que no había sido definitiva, desde luego, a la hora de su conversión y simultánea decisión de hacerse sacerdote (a los 20 años). Todas las alusio-

nes a aquel primer momento, tanto de él como del sacerdote que le ayudó — y fue en adelante su director espiritual— refieren más bien a un encuentro de Dios en cuanto Verdad y Sentido de la Vida, muy a tono con el drama europeo de la Segunda Guerra. (Era junio de 1943).

Una anécdota narrada por él mismo da idea de que en aquella época tampoco faltó el descubrimiento de los pobres. Eran tiempos del racionamiento del pan (desde octubre del 41) y mientras descansaba un rato del caballete y los pinceles en el bar popular cercano al Arno, se puso a merendar las buenas provisiones que obtenía la familia de su finca de Gigliola. Una polera mujer, desde una ventana, gritó al señorito unas floridas frases florentinas: «¡No se viene a comer el pan blanco a las calles de los pobres!»<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> FALLACI, N., *Dalla parte dell'ultimo. Vita del prete L. Milani*, Milano 1974, 75.

Años más tarde supo interpretar bien aquellas frases: la mujer reclamaba lo que era suyo.

No obstante, fue de coadjutor en Calenzano, donde caló bastante hondo en el conocimiento de los pobres. Allí estuvo desde 1949 hasta diciembre del 54. Siete años decisivos, no sólo en su vida personal, sino en la de Italia entera:

En junio de 46, aún seminarista había votado en el referéndum pro república o monarquía, tras el derrocamiento de Mussolini. El día 1 de enero del 48 entró en vigor la nueva Constitución elaborada por la Constituyente de 207 democristianos, 115 socialistas y 104 comunistas. El 18 de abril de aquel mismo año se hicieron las primeras elecciones generales con la nueva Constitución, que dieron la mayoría absoluta de votos y escaños a los democristianos.

El nuevo cura comenzaba con todo a su favor: los curas marchaban en Italia. La DC tenía las manos libres para legislar y gobernar. El 1 de julio del 49 salía del Santo Oficio la condena del comunismo.

Sin embargo Don Milani publicaba cuatro meses y medio más tarde el primero de sus artículos<sup>4</sup>. Había recomendado un muchacho sin trabajo a un importante industrial y éste le asumiendo por supuesto que el muchacho no sería un comunista.

<sup>4</sup> *Franco, perdonaci tutti: comunisti, industriali, preti*, Adespresso (15.11.1950) 9.

«¡Sí que lo es! ¿Tú qué te has creído? Cuando hace cuatro meses con el Decreto de mi Madre-Iglesia le dije al muchacho

cho: 'te equivocas, Franco, siendo comunista' (y tú, hermano industrial, desplegaste todo ufano en tus periódicos mis doloridas palabras de padre) ¿qué te habías creído, que se lo decía por ti? ¿Para salvar tu capital y tu equivocado mundo que debe caer? Yo no estoy de tu lado. No puedo defender tu mundo, por el que no quiso orar mi Señor».

Ahí se resume su experiencia social de aquellos primeros años: una cosa era la actitud defensiva de la Iglesia contra los errores de determinadas doctrinas y otra la consagración por parte de la Iglesia de una acción política determinada (menos aún si dicha acción política continuaba encubriendo al capital en perjuicio de la «povera gente»).

Sin embargo, esta división de campos que hoy ya nos parece clara no lo era entonces en absoluto. Hasta la proclamación de una doctrina general al margen del análisis científico (socio-político en este caso) de la realidad concreta, puede resultar contrario a los intereses que se pretenden defender. Siempre será difícil la traducción del evangelio a dimensiones técnicas de la eficacia humana, corriendo siempre el riesgo de transformarse en una ideología, incapaz de abarcar las mil contradicciones de lo real histórico: sólo el espíritu del evangelio es capaz de inspirar infinitas conciencias en situaciones concretas, sin vulnerar la autonomía de las ciencias humanas. (La política entre ellas).

Pero en el 48 la iglesia había intervenido no sólo con sus enseñanzas doctrinales de tipo general, sino a través de la Acción Católica, con la creación de los célebres Comitati Civici, encargados de unificar todas las fuerzas católicas del electorado frente al PC. Prohombres de aquella acción, el Presidente de la rama masculina de la A. C., Luigi Gedda, y el jesuita P. Lombardi, que había ofrecido a la Santa Sede la idea de una «movilización general» de las fuerzas católicas<sup>5</sup>.

Tras el éxito de las elecciones, tanto los católicos de la izquierda como la misma dirección de la DC mostraron su recelo frente al mantenimiento de los Comitati Civici, controlados directamente por la Jerarquía a través de la A. C. El propio De Gasperi —presidente del Consejo de ministros— tuvo que dar explicaciones a Pío XII, sorprendido de no ver en el Gobierno a sólo los democristianos. Sin embargo, temía aquel que se unificaran

LOMBARDI, R., *Rilievi sulle forze cattoliche in Italia (Per una rieducazione generale)*, Civiltà Cattolica, 27 (1947) 406-416.

<sup>6</sup> CATTI DE GASPERI, R., *De Gasperi, uomo solo*, Mondadori 1964, 321-322.

las fuerzas capitalistas —en realidad anticlericales— frente DC, que habían apoyado sólo por su terror anticomunista. Mejor alargar las alianzas de la DC con otros partidos de cráticos, aunque de inspiración laica, en vez de cerrarse en derechas más conservadoras <sup>6</sup>.

Pero lejos de disolver los Comitati Civici, el Papa nombró Gedda vicepresidente general de la A. C., con el encargo de dirigir la organización del Movimiento, cuyos Comitati llevan entonces la Cruzada del Gran Retorno (para la recuperación de los comunistas). Y poco después, ante las elecciones administrativas del 51, otra vez el miedo al crecimiento comunista hizo que la DC se aliara en listas unitarias de derechas — el partido Liberal fundamentalmente— en contra de las uniones de izquierdas. La operación, claramente impulsada por el Vaticano a través de la A. C., se manifestó en las elecciones romanas del 52 como «operación Sturzo».

El fracaso de la maniobra desenmascaraba la política eclesial ante la irritación de la propia DC, que no obtenía respuesta a sus consultas de fondo: «¿Cuáles son los límites de la táctica de los laicos, si se encomienda a una organización como la A. C. presidida —ya por estatutos— por altos prelados, y considerada como órgano de apostolado de la Iglesia?» <sup>7</sup>.

<sup>7</sup> *Id.*, p. 334.

A los dos meses de las elecciones el Papa negaba audiencia propia a De Gasperi.

## Las primeras actitudes de don Milani

Las elecciones del 51 trajeron a Don Milani sus primeras dificultades con la Jerarquía. Un decreto del episcopado toscano (del 20-5-51) advertía a los fieles, bajo grave obligación de conciencia, el deber de dar el voto a candidatos o listas unitarias «que sepan defender los derechos de Dios, la Iglesia y la familia cristiana». (Estaba detrás la amenaza de la escuela laica, el matrimonio civil y el divorcio). Por su parte, una nota oficial de *L'Osservatore Romano* (25-5-51) desenmascaraba concretamente algunas ramas del Partido Socialista, como el PSU y el PSLI de Saragat.

En Calenzano los democristianos hicieron lista común con el resto de partidos, a excepción de comunistas y socialistas. Era fácil, pues —según Don Milani— iluminar a los fieles con las enseñanzas de la Iglesia: ella no ponía la cuestión en el plano de los resultados partidistas, sino en la conciencia de los electores. No había que votar por la lista unitaria de la DC y demás, si en ella figuraban los liberales ya que éstos coincidían con los partidos de izquierdas en los tres puntos citados, por mucho que resultaran contrarios en lo social y, aun en esto, perjudiciales para la «povera gente». Así pues, sólo era posible votar por los candidatos DC aun corriendo el riesgo de la derrota electoral al dejarlos solos. La alteza de miras de la Iglesia era admirable<sup>8</sup>.

Pero alguien avisó al cardenal de Florencia, entonces Monseñor Dalla Costa, del peligroso enfoque político del coadjutor de Calenzano y su homilía del 27 de mayo.

«Harto dolorosa e inesperada fue para mí la sorprendente llamada de V.E. y la orden de callar —le decía dos años después en una pro-memoria—.

Pedí explicaciones y no las obtuve. Expuse mi punto de vista. Me permití observar que callando de repente comprometía la buena fama de V.E. como dando a entender que colaboraba con quienes justifican el medio con el fin.

— Pagaré yo ante Dios, me respondió V.E.

— Pero ¿es legítima mi actitud?

— *Sí, pero arriesgada.*

Estas palabras tuyas, Eminencia, han excavado en mi alma de neófito y de joven sacerdote una herida que sólo lentamente va cicatrizando»<sup>9</sup>.

Ante aquella orden del Cardenal, Don Milani optó por callar y pretextar un viaje a Alemania, para ausentarse una semana de Calenzano y su púlpito.

Habrà quien lea en el escàndalo del sacerdote converso la ingenuidad de un puritano, alejado de la realidad y sólo lleno de ideales. Yo leo el drama de quien busca abrir camino a los principios del Evangelio, confesados por la Iglesia, en medio de la maraña implacable de lo concreto.

ero el voto a la  
sólo podía exigir-  
a los buenos cató-  
s como un acto de  
y obediencia a la  
sía. Exigirlo tam-  
a los bautizados  
practicantes, al  
gen de sus esca-  
convicciones reli-  
sas, equivaldría a  
cer política» y  
más una política  
debía resultar d-  
nicial para los po-  
s. Con estas sal-  
ades seguía fiel-  
ite don Milani las  
ntaciones de la Je-  
guía. Cf. MILANI,  
*Experiencias Pas-  
ales*, Marsiega Ma-  
l 1975, 242-246 (ci-  
o con la sigla EP).

MILANI, L., *Lettere  
e mamma*, Mond-  
i, 1973, 99 (citado  
la sigla LM).

Su problema como párroco fue, desde el primer momento, por a salvo la credibilidad de la Iglesia y su mensaje. Desde la tundra de la pobreza —que la Iglesia reivindica para sí— debe ser posible no adulterar su propia imagen precisamente ante los marginados.

«Ante todo he comenzado informándome de primera mano sobre las condiciones reales, sociales, económicas y religiosas de este pueblo... (decía en la pro-memoria citada); y me he convencido del grave estado de malestar en que vive, de las injusticias sociales de las que es víctima y de la profundidad del rencor que nutre hacia la clase dirigente, el gobierno y el clero.

Entonces he comprendido cómo este rencor es un obstáculo insuperable para su evangelización y he decidido dedicarme a una precisa distinción de responsabilidades».

Pero tal distinción de culpas se empañaba a cada vez que los hechos, contemplados desde los pobres, se le echaban encima con una coherencia negativa que resultaba muy difícil desmontar.

Todos los escritos de don Milani están cuajados de datos y anécdotas concretas. (Será ésta una de las claves de su pedagogía). Se entretejen con la luz del evangelio y de la razón, hasta hacer cantar la veracidad de los principios o hacer saltar las contradicciones.

Antes de *Experiencias Pastorales* (en 1958) don Milani había publicado media docena de artículos periodísticos. Los dos primeros, publicados en el periódico de don Mazzolari, *Adesso*, afrontan ya casos de coherencia entre la actitud de la Iglesia y la defensa o perjuicio de los marginados, por los que optaba a menudo lugar a dudas. En el primero, como citábamos antes, aludió al tema del paro obrero; en el segundo a la gravísima falta de viviendas en la postguerra, mientras tantos poseían más de una casa. Problemas ambos relacionados con la propiedad privada y los medios de producción, que no llegó a tocar la DC<sup>10</sup>.

«¿De qué sirve tener una bonita iglesia sin imágenes, sin flores, mal gusto, tener cantos armoniosos, bancos cómodos, cánticos pastorales unificados, plegarias unificadas, mitras que no se quitan y quitan, flores naturales en vez de artificiales, rúbricas con precisas indicaciones del rito ambrosiano o...

<sup>10</sup> MILANI, L., *Natale 1950. Per loro non c'era posto*, Adesso (15.12.1950) 3.

mano, y tías del sacerdote que no se pintan los labios, si luego se encuentra en la Iglesia la víctima del señor V. (principal accionista de la empresa R que había despedido injustamente muchos obreros), la cual lleva en el bolsillo una octavilla comunista en la que hay una fotografía del señor V. arrodillado ante el Papa, no para recibir los improperios evangélicos ('Ay de vosotros...') o la excomunión, sino una benévola bendición?» (LPB, 79).

Es posible suponer lo que significó para don Milani la prohibición del Cardenal en las elecciones del 51, por unas frases del tercero de sus artículos, publicado al año siguiente. Escribe a un predicador ocasional en Calenzano, que argumentó violentamente contra los comunistas en el sermón y en el confesonario, sin tener en cuenta las distinciones que acostumbraba don Milani y, por tanto, aliándose implícitamente con la situación inadmisibles. Le habla de los efectos del sermón en uno de los comunistas de su escuela:

«¡Y usted desde el púlpito seguía echándomelo de la iglesia a patadas! Me sentí completamente a su lado y extraño a usted. Me parecía que también a mí me echaban de la iglesia y esto me hacía sufrir, porque tenía el convencimiento que, de las dos cosas, era más justo que estuviera él dentro de la iglesia del Cristo carpintero, que no usted o yo»<sup>11</sup>.

MILANI, L., *Lettera ad un predicatore*, Vita cristiana 4 (2) 550. Publicado también en EP, 247-

## La opción de clase

Su opción por los pobres fue madurando en él con el paso de los años, pero en un primer momento casi se trataba sólo de inmunizar su apostolado.

«Ay, si yo tuviera una posición tan limpia que pudiera decir '¡a mí qué me cuentas? Yo el hombre de los sacramentos —pontífice entre la tierra y el cielo— ¿qué tengo que ver con los crímenes de los poderosos de la tierra? Piensa en tu alma y en salvarte. Pídeme el libro de Dios,

el Cuerpo de Cristo, su perdón...'. Pero al Gobierno le  
dado mi voto. He prohibido desde el altar dar el voto a  
demás. He prohibido leer los periódicos que le critica  
Y ese Gobierno que he apuntalado de forma concreta y  
platónica, se ha dejado atar las manos y los pies por  
industriales. Se ha aliado con el Faraón contra Babilon  
Lo ha considerado prudencia y yo he callado. No me  
hecho arrojar al pozo como Jeremías. Al contrario, he  
cibido honores del Gobierno y ayudas de todo tipo. He  
el muro que me impide salir al encuentro del pobre e  
dicarle la cruz. Si lo hiciera sería un horrible sarcasmo»

<sup>12</sup> MILANI, L., *Carta a don Piero*, en EP, 358-359.

Esta perspectiva eminentemente pastoral de su opción por los pobres no la perdió nunca y se fue solidificando en él hasta una definida opción de clase, que no debería confundirse nunca con la lucha de clases como táctica socio-política de una determinada ideología. Más bien se trata de una realización explícita del amor cristiano, que lejos de idealizarse en generalizaciones que todo lo dejan igual, tiende a la eficacia que le es imprescindible. Pues el mandato del amor de Cristo no se limita a una benevolencia hacia el hombre abstracto o abstraído de sus condiciones reales, sino que supone lavar los pies a los hermanos concretos, abnegarse por ellos, rebajarse hasta el último sufriendo todas las discriminaciones que la sociedad impone. Precisamente son los últimos, los marginados, el criterio decisivo y verificador del amor cristiano, que es una *condescendencia* derivada del Padre (Mt. 25, 31-43).

Cuando muchos atacan esta opción de clase aludiendo a la necesidad de amar a todos, olvidan muchas cosas:

*Primero*, que los hombres, por ser históricos, no tienen una existencia marginal al lugar que ocupan en medio de las relaciones con los otros hombres. Cada uno ocupamos un lugar en la estructura social, que comporta unas relaciones humanas ineliminables y objetivadas. No pasa de ser un sarcasmo la pretensión de que el opresor que se enriquece con el fruto del trabajo humano, intente «explotar» bien. Ha de dejar de hacerlo (Lc. 19, 10; 18, 22-25). Gran parte de sus relaciones humanas quedan marcadas por esa situación de dependencia mutua basada en una explotación y no serán más que una droga los suplementos de relación humana que se adopten: obras pías o asistenciales.

*Segundo*, que tal opción de clase encierra en su antagonismo, no la pasión destructiva del otro, sino la eliminación de estructuras y relaciones objetivas que mantienen vivos los antagonismos previos e institucionalizados (Mientras que el pretendido amor universal no busca muchas veces sino integrar a todos en las relaciones existentes, provistos de una buena conciencia).

*Tercero*, que la caridad universal engloba dentro de sí la justicia, no la hace superflua.

*Cuarto*, que el amor, de hecho, sólo puede hacerse universal cuando se extiende dinámica —y eficazmente— hasta aquellos, precisamente, que son excluidos y no amados; sin crear, claro está, nuevas segregaciones, pero destruyendo las existentes para dar a luz un mundo nuevo. (Sólo ese amor se hace profético, palabra de Dios que anuncia la fraternidad de los hombres y les provoca a ella).

Este signo profético tiene la auténtica *opción de clase* de muchos fundadores religiosos —y hasta de la propia Iglesia cuando se confiesa Iglesia de los pobres—, pues al elegir para sí suma pobreza, vivir de la limosna, ir descalzos, etc., más que una opción ascética realizaban una *sequela Christi*, identificándose con los últimos, a cuyo servicio solían entregarse (Mt. 8, 20).

Cuando más tarde sus hijos espirituales los han corregido dedicándose a los ricos (y hasta suplantando el aspecto social de la pobreza con el simple sometimiento personal a la tolerancia de los superiores), no lo han hecho como portavoces del amor profético de Cristo hasta la casa misma de los ricos (Lc. 5, 29-32; 7, 36-39), sino como quien adopta una táctica socio-política de otra determinada ideología. Esta vez de signo opuesto: la que confía en el poder como medio de instauración del Reino; la del «desde arriba se puede transformar más y mejor». Peligroso terreno, porque una cosa es predicar el evangelio en todas partes, a toda creatura (Mc. 16, 15) (y lo contrario sería poner tapias al Espíritu) y otra muy distinta poner al servicio de la eficacia terrena y discriminante de los poderosos y de las estructuras que los mantienen, la propia eficacia de pretendida intención evangélica.

Por ejemplo, la falta de lo primero la lamentan los discípulos de don Milani:

«Muchos curas no saben amar con la dureza del Señor. Crean que el mejor sistema para educar a los ricos soportarlos»<sup>13</sup>.

13 ALUMNOS DE LA ESCUELA DE BARBIANA, *Carta a una maestra*, Nova Terra, Barcelona 1970, 89.

14 «Ciertos colegios de curas son más honestos. Son instrumento de la lucha de clases y no lo disimulan... Mañana y tarde están al servicio de un solo amo», *O. c.*, 65.

15 Su obra EP es esa denuncia pormenorizada, que luego concretó también al caso de los capellanes militares. Cf. *L'obbedienza non è più una virtù*, Firenze 1973.

16 Carta autógrafa, inédita, a un religioso educador.

Mientras que lo segundo es una neta opción política, por que aparezca pacífica, conservadora y dentro del orden existe. Don Milani la denunció en muchas actividades humanas. La Iglesia, que se pretendían neutrales e interclasistas —cuando no abiertamente para ricos—<sup>14</sup>. Así destapó la complicidad del poder de métodos de apostolado (recreativos o no), de la propia cultura del sacerdote impartida en los seminarios, de la prensa católica, de la orientación política oficial y particular de la mayoría del clero (como hemos visto)<sup>15</sup>. Y, sobre todo, de la escuela, donde la trampa del colaboracionismo es muy sutil: en primer lugar, porque la buena intención evangelizadora en que suele justificarse, no se resuelve, tras el rechazo de oyentes y sus familias, sacudiendo el polvo de las sandalias (Mt. 10, 14), sino en una prolongada y hasta sacrificada dedicación que resulta eficaz —porque la escuela lo es mucho— y el mantenimiento del sistema (Se colaboraría sólo por omisión si, como Lázaro, nos estuviéramos sentados día y noche a la puerta de Epulón a denunciar su pecado y ofrecerle el evangelio, pero haríamos mal si, mientras, le ayudáramos procurando títulos académicos a sus hijos).

Y en segundo lugar, porque en la pedagogía de don Milani no puede hacer escuela sin amar y la tensión que se crearía entre el amor al educando y el odio al mundo injusto que le supone envolvería a su familia y se haría insoportable, acabando unos o con otros, como la historia confirma. Don Milani lo presó así:

«Yo tendría por pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela durante 20 años a los hijos de los ricos y se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así yo tendría por pervertido a un sacerdote que hubiese vivido 20 años entre los hijos de los pobres y aún no se hubiese alistado con ellos hasta el límite extremo consensuado por el quinto mandamiento»<sup>16</sup>.

Comprendía don Milani que el problema de la evangelización y la catequesis no radica en los métodos, sino en los testigos

que tampoco éstos pueden eludir las implicaciones que arroja sobre sí la estructura social, entre otras cosas. Hay quien se preocupa de hacer una catequesis cristiana en su escuela, sin percatarse de que ésta es atea. Don Milani pudo comprobar justamente lo contrario:

«En 7 años de escuela popular nunca he considerado que hubiera necesidad de tener también catequesis allí... Cuando nos afanamos en encontrar *ex professo* la ocasión de meter la fe en la conversación, se demuestra que tenemos poca, que creemos que la fe es algo artificial que se añade a la vida y no, por el contrario, un *modo* de vivir y de pensar» (EP, 221).

De ahí que al entender la escuela como una actividad sacerdotal postule para ella abiertamente su peculiar *clasismo* «capaz de meter miedo al más ortodoxo de los comunistas».

lamentable que  
quiera supiera  
guirlo su obispo,  
ardenal Florit,  
n la carta de re-  
ciación que le es-  
en enero del 66  
entará más ade-  
aún le decía:  
en tus interven-  
una cierta atr-  
ra *quasi di lotta*  
*sta*: ante tu pro-  
ra y a veces sar-  
a el lector se  
inmediatamen-  
una u otra par-  
(LPB, 282).

Pero de la acusación de «lucha clasista»<sup>17</sup> no se libró don Milani en toda su vida a pesar de ser perfectamente lúcido y claro en su planteamiento cristiano y en su conducta. La carta al comunista Pipetta, tantas veces citada, no deja lugar a dudas: cuando hayamos vencido juntos, no te fíes de mí —le dice— te traicionaré. No me quedaré contigo en la casa repartida del rico. Volveré a la tuya, húmeda y maloliente, con el único grito de victoria digno de un sacerdote de Cristo: ¡Bienaventurados los pobres porque el Reino de los Cielos es suyo! (LPB, 3-5). Y ¡cuántos se escandalizaron —hasta su propio director espiritual— al verle perder tiempo y energías en dar clase a los hijos subnormales de la última familia de la parroquia!

Todo este tema del colaboracionismo de la Iglesia y del evangelio comprometido con estructuras humanas socio-políticas, lo resumió en su cuarto artículo (escrito desde noviembre del 53 hasta junio del 54), que fue publicado sólo más tarde, como apéndice de sus Experiencias Pastorales: la *Carta a don Piero*. Tres propuestas paradójicas, igualmente válidas, resumen su pensamiento:

a) Retirarnos todos del mundo con que nos hemos comprometido nosotros, la doctrina y los sacramentos; callar y orar y hacer penitencia.

b) Seguir comprometiéndonos todos, pero siendo coherentes hasta el fondo con la moral y las encíclicas, de forma que políticos, economistas y hasta los propios comunistas nos tomen por locos.

c) Una precisa distinción de incumbencias: los laicos católicos que sigan ocupándose activamente de la ciudad terrena, pero por su cuenta, como ciudadanos privados. Los curas que hablen del gobierno y la política, pero sólo para criticarlos; que enseñen al cristiano que las realidades terrenas, aun de los católicos, serán siempre horrible parodia del ideal verdadero.

Cuando se reconoce este apartado c) de 1953, abriéndose el camino en Italia durante más de 10 años y aún se le ve explícito de novedad, 22 años después, en la doctrina episcopal de postcruzada española de casi 40 años de duración, se tiene una idea de la clarividencia de su autor. Y se sospecha también que el párrafo continuará adentrándose no sólo por entre las estructuras terrenas de inspiración cristiana, como Estados, Gobiernos y Partidos, sino de explícita confesión cristiana, como escuelas, periódicos, hospitales, etc., y hasta, quién sabe, si ocurrirá alguna vez en ciertas estructuras eclesíásticas en esencia, pero excesivamente temporalizadas como órdenes congregaciones religiosas.

Pero, entre tanto, no es muy halagüeña la suerte que corra quien lo vea primero.

## **Las contrastes con la jerarquía**

Las intervenciones políticas del coadjutor y su escuela acorralada, despertaron el celo de algunos colegas vecinos, que rasgaron las vestiduras ante el Cardenal. Don Milani lo tenía bien previsto. En julio del 52 había escrito a su madre:

«Tengo la impresión de que mi carrera eclesíástica va precipitando. ...Me parece como si estuviera en el cine viendo las últimas escenas de una de esas películas que siempre acaban bien. ...¿Recuerdas cómo contestó Simone Weil al superior que amenazaba con destituirla?. '¡Si

pre he considerado la destitución como el colofón normal de mi carrera docente!'. En cuanto a la fecha de la escena final, es probable que hasta ahora estuviese prevista para el día de la muerte de mi párroco. Pero como no se decida a caer enfermo no creo que me dejen aquí hasta las próximas elecciones. ...Lo único que verdaderamente me haría daño es que me condenaran doctrinalmente. Pero esto no debería ser posible, porque siempre he procurado ser cristiano y católico y siempre he pedido morir en esta fe... (LM, 109-110).

Su párroco, el anciano don Pugi, que tan bien le trató siempre, murió en septiembre de 1954. Don Milani resistió en Calenzano hasta entonces. Según sus suposiciones las cosas fueron bien y la destitución le llegó sin nombramiento previo de Maestro en el Seminario Menor, sino directamente párroco de Barbiana: en la cara norte del monte Giovi, frente a los Apeninos: «No es ni siquiera una aldea —escribieron los chicos de su escuela—, es una Iglesia y las casas están esparcidas entre bosques y campos. Si no fuera porque nuestra escuela retiene a nuestros padres, Barbiana sería un desierto. En total quedan 39 personas»<sup>18</sup>.

Pero naturalmente que no había que elevar a categoría lo que no era más que anecdótico. El mismo había escrito a un profesor de filosofía que dio una lección en San Donato:

«Si tú, por ejemplo, de lo que me has oído decir quisieras sacar que la Inquisición trabaja, que la Iglesia es una tenebrosa agencia de espías y opresores y que, si un cura dice la verdad o se alista con los pobres, es rápidamente llevado a la hoguera, te equivocarías grandemente. Por el contrario está el hecho de que desde hace 10 años yo vivo en estrecho concubinato con la Iglesia y la amo hoy más aún que cuando la encontré hace 10 años por vez primera. No han sido condenados mis libérrimos escritos, ni me han obligado todavía a beber la cicuta, ni cosa más simple aún, nunca he sido trasladado de una parroquia a otra. Para penetrar en esta intrincadísima mezcla de ilimitada libertad y tenebrosísima opresión no tienes, pues, suficientes elementos... Te he escrito para ponerte en guardia contra ti mismo y para defender a mi queridísima esposa, la Iglesia» (LPB, 19-20).

Carta de los chicos de Barbiana a los de Calenzano, fechada el 13 de octubre de 1953 (LPB, 192).

<sup>19</sup> «Me alegro mucho —escribió a un amigo destituido de su cargo de párroco— de que, tan joven y en tan poco tiempo de parroquia, ya hayas conseguido hacer saber a tu obispo que eres honesto y bueno y deseoso de salvar tu alma y, por consiguiente, absolutamente inepto para ser honrado por los hombres y los obispos» (29.4.55) (LPB, 38).

<sup>20</sup> Expresión popular con que los muchachos denominan la masturbación. *Tre Lettere di d. Milani a d. R. Rossi*, en *Quaderni di Corea*, Firenze LEF (1971) 9.

Así que el traslado a Barbiana, le cogió bien pertrechado amor a la Iglesia y a los pobres. Por ellos bien se podía renunciar a honras y dignidades eclesiásticas <sup>19</sup>, pero ¿se podía renunciar a la propia Iglesia? Días antes de marcharse a Barbiana escribió a un amigo unas palabras íntimas y duras, como él a veces sabía hacer:

«No sufro tanto por la pérdida del pueblo... cuanto el fracaso ruidoso que he tenido en la relación con los compañeros de alrededor. Esto pone en cuestión la catolicidad de todo mi trabajo, porque aún me hacía la ilusión de un cura católico, pero ahora... aparezco ante los ojos de la gente como un cura aislado y un cura católico aislado es inútil, es como *farsi una sega*. No está bien, no es para nada y Dios no lo quiere» <sup>20</sup>.

## La obediencia rebelde

Y ahí comienza su segundo calvario: mantenerse en comunión con la Iglesia, superando las incomprensiones anecdóticas y sin perder un ápice de su apasionada opción por los últimos por la búsqueda de la verdad.

¿Cómo compaginar la obediencia con la fidelidad concreta a verdades? Había entrado en la Iglesia sediento de verdad y yendo del titubeo constante de quienes carecen de Maestra; pero ahora las mediaciones de tal magisterio parecen imponer adherencias inadmisibles.

Aparece en sus escritos por esa época una fecunda distinción entre la estructura vertical —del ejército, por ejemplo— y la estructura de comunión de la Iglesia. Para defender ésta duda en adoptar incluso los conceptos de la vieja teología, vivifica libremente.

«En Barbiana el único que tiene gracia de estado y no hacer de párroco, soy yo» <sup>21</sup>.

Sería hipotecar la propia responsabilidad el no hacer ni de nada sin el beneplácito del superior; como si se tratara de

<sup>21</sup> De una grabación magnetofónica aún no publicada completamente.

actuar suyo, exclusivo, instrumentado con los subalternos, tanto mejores cuanto más dóciles ejecutivos de la voluntad ajena. Hasta sería posible que muchos, obsesionados por el afán de agradar, se adelantaran a las órdenes del superior complaciéndole hasta los deseos. Como si no se tratara más bien de una comunión de monarquías, en la que el Obispo (inspector) presencializa la unidad y asume la obligación de corregir y orientar. Como si no fuera práctica de la Iglesia respetar la subjetividad en los santos. De no entender esto se llenaría la Iglesia de adúlteros o de paralíticos a la espera de la remoción de su obispo.

«Yo quisiera más bien que los jóvenes curas maduraran la conciencia de ser ellos mismos responsables de sus palabras y actos, reconociendo sólo al obispo la autoridad de castigar a quien se equivoca y no la de asumir todas las responsabilidades y decisiones. En otras palabras: obediencia absoluta cuando llega la condena: jamás andar pidiendo consejos antes de tomar una decisión» (LPB, 231).

Pero lo que suena a rebeldía se revela por dentro como absoluta sumisión a la voluntad de Dios y a la búsqueda de la razón.

«No me rebelaré jamás contra la Iglesia, porque tengo necesidad muchas veces a la semana del perdón de mis pecados y no sabría a quién ir a pedirselo cuando hubiera dejado la Iglesia» (10.10.58) (LPB, 89).

«Combativos hasta la última gota de sangre y aun a costa de hacerse relegar en una parroquia de 90 almas en la montaña y de hacer que te retiren los libros del comercio; sí, todo, pero sin perder la sonrisa de los labios y del corazón y sin un instante de desesperación, melancolía, desánimo o amargura. Antes que nada está Dios y después la Vida Eterna.

Además están los años, que pasan. Los hombres que yerran envejecen y mueren: los que de verdad tienen razón no envejecen. Por tanto, todo consiste en conseguir tener razón de verdad, en encontrar la verdad verdaderamente. ...La historia la enseña Dios y no nosotros y lo único que ambiciono es comprender su diseño a medida que lo realiza; no pretendo quitarle el lápiz de la mano y tratar de ser un autor de la historia» (20.5.59) (LPB, 117).

22 LPB, 122-137 (8.8. 1959). Publicado en L'Espresso 19.5.1968.

Entre las fechas de estos dos escritos anteriores, le llegó el decreto del Santo Oficio con la prohibición de Experiencias torales «por inoportuno». El 6 de agosto del 59 tenía listo un nuevo artículo, que no fue publicado hasta 9 años después. En él orienta las actitudes de los católicos respecto de la jerarquía: Primero legitima la crítica; segundo la inculca como obligación de piedad filial; lo mismo que —tercero— la informa exacta y detallada, so pena —cuarto— de hacerse responsable ante Dios de un delito de secuestro de persona.

23 El periódico *Stam-pa* de Turín publicó el 22.5.1959, una entrevista con el Card. Ruffini, testigo del Congreso Eucarístico de Barcelona, en la que elogiaba el régimen político español. Por aquellos mismos días tenía lugar en la cárcel de Barcelona una ejecución de la pena capital.

1. «Precisamente estamos en la Iglesia para sentirnos estrechados por sus carriles, que tanto nos impiden desviarnos hacia fuera como hacia dentro. Estos carriles no están constituidos por las intervenciones del Cardenal Ruffini en el periódico *de Fiat* 23, sino en el catecismo diocesano... La Doctrina dice que el Papa es infalible. Hereje es quien lo niega y hereje quien no atiende a otros esta cualidad... Luego católico es quien se da cuenta de que los Cardenales y los Obispos son criaturas fallibles y hereje quien demuestra hacia ellos un respeto que traspasa los límites de nuestro credo...».

2. «Criticaremos a nuestros obispos porque queremos su libertad. Esto es, que consigan ser mejores, más informados, más serenos y más humildes. Ningún obispo puede vanagloriarse de no tener nada que aprender... Y no es ninguna soberbia querer enseñar, porque cada uno tratará de hablarle de aquellas cosas que para nosotros son experiencia directa y para él no... El último zagal de pastor podría aportar datos sobre la condición obrera como para hacer temblar no ya a un obispo, sino a diez... El último de nosotros tiene por lo menos una de esas cátedras que el obispo ante él es ahí como un colegial. Y, a veces, ¡hay necesidad urgente de tratarle así! ¿Acaso no es como un niño el cardenal que nos pone de ejemplo edificante un régimen católico en el español? No es de él de quien esperamos conocer el nivel de vida de los obreros españoles. Son datos que pedimos a los obreros... Pero ¿tiene alguien que le corrija?... ¡Hemos amado más nuestra paz que el bien de nuestro padre y nuestra Iglesia!».

3. «Tras la crítica, la mejor forma de educación que podemos darles es la información. ¿De dónde te crees que le llegan al obispo las informaciones? ...El Espíritu le asiste, pero no le da forma. ¿Te imaginas al Espíritu haciendo la competencia?».

agencia Efe? ...;Qué clase de respeto es ver a nuestro padre engañado día a día, traído y llevado por los amos de la prensa y del mundo y quedarnos quietos en humilde silencio dejándolo correr».

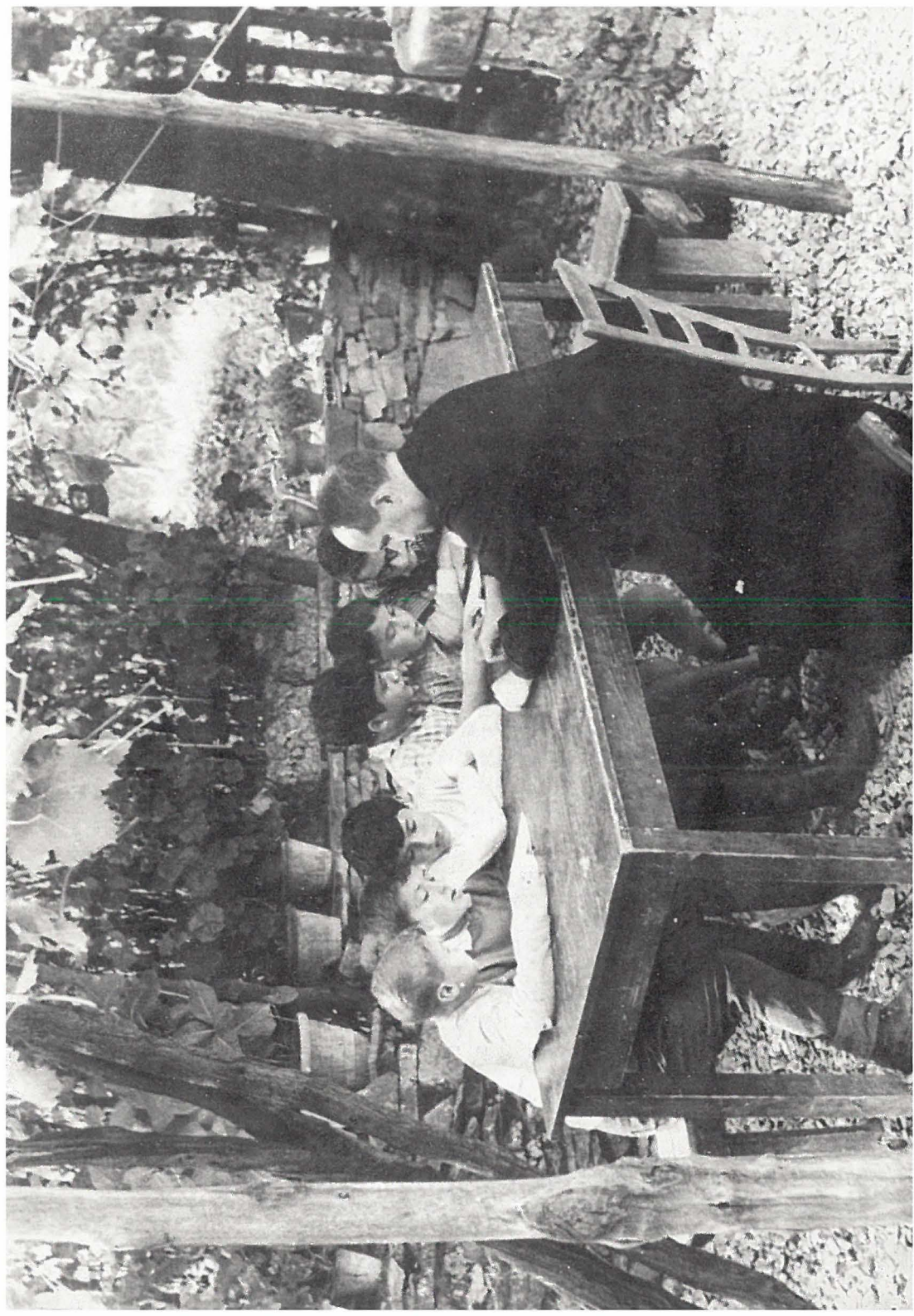
4. «Ahí está la figura patética de ese hombre prisionero de la información reticente y del vil servilismo de su alrededor... Si no le rompemos la muralla de papeles y disolvemos el muro de incienso, Dios no le pedirá cuentas a él, sino a nosotros. Nos tocará responder de secuestro de persona. Y encima de todo lo que hemos padecido, nos encontraremos en el otro mundo humillados y fustigados».

### ¿Comunión o ruptura?

De nuevo en marzo del 63, la tensión con sus superiores se complicó. No es que se hicieran más duras para él las consecuencias de la actitud descrita: la opción por la libertad y la verdad en la Iglesia —aceptando después todos los sinsabores—; sino que una vez más le asaltaba la sospecha de que pagaban los pobres. El punto de partida fue un telegrama de la Curia Diocesana prohibiéndole asistir en Calenzano, su antigua parroquia, a una reunión de cabezas de familias que le habían invitado porque pretendían montar una escuela de repasos. El proceso interior de aquellos momentos se lo escribió al Arzobispo un año después:

«De repente me saltó a la vista que la santidad no es tan sencilla como yo creía. Dejarse pisotear puede ser santo, pero al pisotearme a mí pisoteáis también a mis pobres, los alejáis de la Iglesia y de Dios. Y, por lo demás, ¿de qué sirve amar y callar, poner la otra mejilla a los abusos y a las calumnias cuando quien los hace es el Jefe de la Iglesia florentina? Cuanto más santamente me callaba, más escandalosa aparecía la lejanía del obispo respecto a los pobres, la verdad y la justicia.» (5.3.64) (LPB, 208-209).

Por eso, tras larga meditación, decidió que a partir de aquel momento debía ser honrado por la Curia, que durante 16 años



«Sería más cómodo callar, pero el silencio es el sistema de descargar el fardo de nuestra responsabilidad sobre el Obispo» (LPB, 215).

Si éste no le había respondido a su carta de marzo del 64 (cf. nota 32, ahora ofreció públicamente a los dos sacerdotes todos los permisos necesarios para que cambiaran de diócesis.

Cuando cuatro meses más tarde, en febrero del 65, replicó don Milani a los capellanes castrenses porque insultaron a los objetores de conciencia, la intervención del Arzobispo la comentó así a un amigo: «Me amenaza como a un perro roñoso, aunque no es capaz de encontrar ni en su memoria ni en los archivos secretos de la Curia una sola desobediencia mía»<sup>24</sup>. En efecto, le obligaba a someterle todos sus eventuales escritos bajo pena de suspensión «a divinis» (LPB, 223).

*Lettera a un Mon-nore suo amico, cita en una tesis inédita de la Universidad de Florencia: CAI, La figura e l'ope-educativa di don Milani.*

Pero esta amenaza le hizo menos daño que una célebre carta que recibió al año siguiente en el hospital. Las relaciones habían mejorado algo durante el proceso judicial que padeció con ocasión de la carta a los capellanes. Supo el Cardenal que la leucemia de don Milani se había agravado y el 25 de enero del 66 le escribió una pretendida carta de reconciliación. La clásica reconciliación salomónica, pero en la que el propio litigante se erige en benévolo juez y puntualiza cuanto quiere a su adversario:

«El hecho de que hayas permanecido tantos años como párroco de Barbiana, creo que haya dependido de esto: tus superiores han creído no reconocer en ti la necesaria disposición a la caridad pastoral, sino más bien el celo fustigador que te hace aparecer dominador de las conciencias antes que padre...» (LPB, 283).

«Cuando llegó esta carta, cuenta uno de sus alumnos, la habitación del *Priore* estaba llena de barbianeses y otros amigos florentinos. ...había empeorado y temíamos perderlo para siempre. Como de costumbre el correo se leyó en voz alta. La carta del Cardenal la leyó el *Priore* estando sentado en la cama. Cuando acabó permaneció callado, con la cabeza baja, jugueteando con los flecos de la manta. De repente comenzó a llorar fuertemente. Luego levantó la cabeza y volviéndose a los amigos florentinos (dos profesores, un abogado y un médico): '¡Fuera de aquí!, gritó, ¡vosotros le habéis engañado! ¡Id a informarle

mejor!'. Desde aquel día los burgueses y los intelectuales fueron excluidos de la escuela de Barbiana» (LPB, 284).

Cualquier cosa se le podría decir, menos que no ha sido pacíficos comentaron los chicos en un esbozo de carta que prepararon para el Arzobispo. «A nosotros nos parece que nuestro *Pri* es el único cura verdaderamente anticlasista» (LPB, 285).

(Durante los últimos años de su vida, don Milani recibió varias veces callada ayuda económica de Pablo VI; hasta llegar a mentar a sus escolares dispersos por Europa; «por lo demás si el Papa no se cura del vicio que ha cogido de mandar 100.000 liras mensuales, podremos eso y más». [Lettere a mamma, 195. 23.7.64]. Su reciedumbre impidió que aquella ayuda moral se le convirtiera en un soborno pacificador. Y siguió hablando. Al final del 65 la Secretaría de Estado pasó al Cardenal Florit una nota de *persona cualificada y digna de crédito* que avisaba de que el P. Comunista le había regalado 3 millones de liras fruto de una colecta pública, con ocasión de su intervención sobre la objeción de conciencia. Naturalmente don Milani lo desmintió. En la carta de la *reconciliación* el Cardenal Florit terminaba diciendo; «para tus necesidades te mando cheque adjunto de 300.000 liras. Doscientas mil me las han enviado la Santa Sede a continuación de mi respuesta a la nota que te envié; el resto lo he añadido yo») (LPB, 273-274; 28

## Balances

Sería un error leer estos párrafos como si fueran los traqueos sucios de unas relaciones privadas en las que hay siempre unos márgenes de tirantezas e incomprensiones. Por medio de ellos corre siempre la voluntad de legitimar un espacio propio por la fe, no sometido a la estrategia de una institución humana o proyectos humanos. La voluntad de legitimar modos de convivencia que no se simplifiquen en la obediencia. Pertenencia personal a la Institución, que no suponga más hipoteca que la exigida por Dios mismo en la fe.

¿Por qué don Milani no abandonó la Iglesia?

¿Cómo resolvió nuestros dilemas iniciales, en definitiva? ¿Por qué, tras la dureza de sus expresiones no se trasluce siquiera la vacilación del escándalo, del desgarrón interno?

Son preguntas de ficción, pero no superfluas cuando son ya frecuentes los casos de abandono del sacerdocio, por ejemplo, en razón de la incompatibilidad ideológica y de opción de clase.

Me parece poder intuir algunas respuestas al final de este itinerario:

Primera, que nunca entendió que la Iglesia fuera una comunidad de puros, sino de pecadores. El mismo repitió una y otra vez su propia necesidad de perdón.

Segunda, que la solidaridad con los pobres le quitó la tentación de despojarlos de los bienes objetivos de la Iglesia arrastrándolos consigo a la impaciencia o la desesperación. Hizo entre ellos de transmisor y no de pionero.

Tercera, que esa misma solidaridad le empujó a luchar hasta el final, hasta donde fuera preciso, pero no para sí, sino para ellos. Abandonar la batalla, lo mismo que dejarse acariciar por la Institución hubiera sido una solución personal (?) y una traición.

Cuarta, que no se dejó atenazar nunca por un planteamiento de aut-aut, como quien programa para unos fines tales medios y excluye otros. De la Iglesia no esperó que se convirtiera en un nuevo «Sacro-Imperio» aun del lado de los pobres. No se trataba de instrumentalizarla, sino de que no se estorbara a sí misma su propia y específica misión evangelizadora (especialmente de los pobres). Y esto, naturalmente, es una acción intraeclesial, que se decide dentro de la Iglesia. En su opción de clase quiere aportar a los pobres lo mejor que tiene: una Iglesia rica de Palabra y Sacramentos, crítica de todos y libre de compromisos. No es cosa de abandonarla para ofrecerla así. Al contrario: luchar dentro de ella por ella es un deber.

Por lo demás, postular tal autonomía para la Iglesia no es desentenderse de lo político y espiritualizar la propia acción. Está claro que una Iglesia crítica, pobre y libre ha de ser más eficaz en la lucha mundana que una Iglesia concordataria.

Y quinta, que don Milani nunca confundió comunión con la Iglesia con benevolencia y beneplácito de la Jerarquía. La Iglesia es

signo de la liberación y de la unidad, etc., de un modo escatológico. Postulando una unidad superior —que incluye a los justos— ha sido más profético, de hecho, que en un reconciliador idilio de sumisión. Su grandeza ha sido saber también subrayar los mínimos de comunión exigidos por la obediencia, para romper su propio signo escatológico.

«Yo era un fanático de la observancia de la regla. Como he sido de sacerdote, hasta hoy, y espero serlo hasta el final de forma indiscutible. Es esto, precisamente, lo que me echa encima tanto odio impotente por parte de quienes, no teniendo serios argumentos que oponerme, están esperando en vano poderme coger en flagrante desobediencia o desviación doctrinal. ... Este es el precio que hay que pagar si se quiere influir desde lo hondo en la sociedad y la Iglesia» (LPB, 232).

«Es más difícil ser revolucionario que conformista. Para ser revolucionario hay que ser el espejo de todas las virtudes. ¡A los curas conformistas, sin embargo, les está permitido hasta una amante!» (LPB, 270).

## Parábola final

Un último acto de su vida —creo que hasta ahora inédito— puede ser la clave de este recorrido.

La leucemia le llevó a una agonía larga, de varios días.

Su pasión por la liturgia —incluso por las ceremonias— se hizo proverbial durante los años de seminario. Luego evolucionó con los años, pero mantenía una estima extraordinaria por la Misa. Aquellos últimos días quiso que la celebraran allí, en casa de su madre, donde iba a morir.

Era 1967 y Florencia. Las leyes litúrgicas severas. La autorización llegó, pero el altar *no debía instalarse en la propia habitación del enfermo*. Lo pusieron fuera, en una especie de pasillo o vestíbulo de la casa y contuvieron el llanto y hasta la respiración para que él oyera.

Es normal que los profetas mueran fuera de la ciudad. Luego el fuera y el dentro no se distinguen bien.

# actualidad catequética

Revista del Secretariado Nacional de Catequesis

- **AL SERVICIO** de la Información y Promoción de la Renovación Catequética.
- **PARA** Responsables de la Educación de la Fe en la Comunidad Cristiana de:
  - Niños y Preadolescentes.
  - Adolescentes y Jóvenes.
  - Adultos.
  - Movimientos.
  - Comunidades Cristianas, etc.
- **CONTIENE:**
  - Los últimos **documentos** y directrices oficiales, **legislación** concernientes a la Educación en la Fe, **información** sobre el movimiento catequético, etc.
  - **Estudios de base** sobre la acción catequética hoy.
  - **Experiencias** de catequesis, de los distintos sectores y ambientes de nuestra Pastoral.
  - **Bibliografía actual.**
- **SE EDITAN** cinco números por año, con 750 páginas anuales.
- **PRECIO** de la suscripción: 350 pesetas.

**Pedidos a:**

«ACTUALIDAD CATEQUETICA»

Secretariado Nacional de Catequesis

Alfonso XI, 4 — MADRID - 14 — Teléfono 232 48 52